

## CAPÍTULO XV

¿Es ó no es?

## I

¡Generoso señor aquel que evitó á Isidora la angustia y el bochorno de la sala común, apresurándose á pagar la miserable cuota! ¿Quién era aquel ser benéfico que practicaba la caridad tan oportuna y noblemente? La agraciada no le conocía más que de haberle visto dos ó tres veces en el cuarto de su vecina (una tal Antofita Surupa, que por ciertos porrazos, calificados de lesiones graves, estaba en la casa purgando la impetuosidad de su naturaleza meridional), y por lo mismo que era tan superficial el conocimiento, era mayor su gratitud. Al día siguiente de aquel rasgo, merecedor de los mayores encomios, el autor de él, Frasquito Surupa, á quien por mote llamaban *Gaitica* en círculos que apenas es lícito nombrar, visitó solemnemente á Isidora.

Según él mismo dió á entender, era persona notable y acaudalada, hombre de gran mérito, que todo se lo debía á sí mismo, pues abandonado de sus nobles padres y desheredado por sus nobilísimos abuelos (¡miserias y bribonadas del mundo y de la ley!), había tenido que crearse una posición con su ingenio y su trabajo. Motivos diferentes halló Isidora en su nuevo amigo para sentir hacia él simpatía y antipatía, en por-

ciones casi iguales, porque si bien aquello de ser hijo natural y abandonado, víctima del egoísmo de sus padres, le hacía sobremanera interesante, en cambio sus modales y su lenguaje eran de lo más soez y chabacano que imaginarse podría. Su figura hermosa, juvenil y hasta cierto punto elegante, que recordaba la de Joaquín Pez, perdía todas sus ventajas con lo que del alma salía á los labios de tan singular criatura, en esa florescencia del sér que se llama conversación. Por momentos Isidora le encontraba agradable, por momentos aborrecible. El, hablando sin cesar de las injusticias humanas y contando los martirios y persecuciones de que había sido víctima, cautivaba más la atención de la prisionera.

La soledad de Isidora era cada vez mayor. Emilia y Castaño no la visitaban ya; Bou había roto con ella; Miquis iba muy rara vez. Sólo eran constantes D. José y *la Sanguijuelera*, que llevaba á *Riquín*. Joaquín Pez, cuyo trato en aquella soledad habría sido muy grato á Isidora, estaba en la Habana, desde donde le había escrito algunas cartas cariñosas. *Riquín*, Encarnación y Relimpio eran, pues, los únicos que llevaban la alegría, la distracción y la esperanza á la triste celda durante un rato, que se alargaba todo lo posible, contando con la bondad de la celadora.

Miquis fué á verla un día para anunciarle la visita definitiva de Muñoz y Nones.

«Oye tú, gran mujer — le dijo —: mañana viene mi querido suegro. Recíbelo como se merece. Le hablé de ti y viene dispuesto á favorecerte todo lo posible. Te hablará largo de tu pleito y de tu causa criminal, y poniendo las cosas en su verdadero lugar, te las hará ver cla-

ras y sin telarañas. No te asustes de su franqueza. Es un hombre que dice las cosas como las siente. Dice á veces barbaridades; pero sus barbaridades valen más que el oro, la plata y las piedras preciosas, porque son verdad pura. Lo que él te diga tómallo como el Evangelio. Si trata de encarrilarte por el camino *A* ó el camino *B* (aquí de nuestro *Ipecacuana*), marcha adelante con los ojos cerrados. Deja el orgullo á un lado, como se deja una corona de teatro después de acabada la representación. Así como se hace examen de conciencia antes de confesar, haz ahora examen de tonterías para que las abjures todas. Acopia sentido común y ensáyate toda esta noche en apreciar la extensión verdadera, el número y peso exacto de las cosas humanas. Siempre que tu fantasía quiera llevarte á una apreciación falsa de la realidad, date un gran pellizco..., y por último, no coquetees delante de mi suegro, porque, aunque muy bueno, es medianamente aficionado á las muchachas guapas, y podría suceder...»

La primera impresión de Isidora al ver entrar á Muñoz y Nones fué muy grata, porque el notario era un hombre admirablemente dotado por la Naturaleza en figura, modales, gracia de expresión y don de gentes. Su edad no pasaba de cincuenta años, y vestía con pulcritud y corrección. Gran calva lustrosa, bajo la cual actuaba sin cesar el prurito de la fundación de una *Penitenciaría para jóvenes delincuentes*, le caracterizaba en primer término. Era además hombre que miraba con extraordinaria penetración á las personas con quienes hablaba, y que para aprobar y afirmar decía siempre: *mucho, mucho*, y para negar empleaba irrevocablemente la frase

*no hay tal cosa ni ese es el camino*. No usaba más que una comparación. Para él todo era... *como la luz del medio día*. Si la costumbre de usar chalecos blancos, aun en invierno, significa algo, Muñoz y Nones era un hombre singularísimo en esta materia. Si el deseo de no parecer barrigudo distingue á un hombre grueso de otro, Muñoz y Nones debe ser puesto en la categoría de los que viven decididos á morir se esbeltos. Decir que era un tanto presumido y un mucho simpático, acabará de pintarle por fuera. Su franqueza le había valido algunos disgustos, pero también grandes triunfos, porque el culto de la verdad, proclamando la honradez, trae siempre ventajas, las cuales no se concretan á la conciencia y á la moral, sino que se extienden á la esfera utilitaria de la vida. Por esto, y relacionando sus virtudes con sus éxitos, decía el gran notario que *también la honradez es negocio*.

«La señora marquesa — dijo Muñoz después de los saludos — está en las mejores disposiciones respecto á usted. No sé si sabrá usted que esa señora es un ángel, una criatura celestial. Si no lo sabe, se lo digo yo, y basta. Imagínese usted el sér más bondadoso, más prudente, más sensible y cariñoso, y lo que resulte de ese esfuerzo de la imaginación será siempre inferior á la marquesa de Aransís.

— No lo dudo — replicó Isidora contrariada, porque habría querido oír hablar mal de su abuela, dado que lo fuese —. La señora marquesa será muy buena, aunque en este caso mío...

— Pero, criatura — dijo Muñoz sin poderse contener —, ¿todavía no se ha curado usted de la enfermedad de esa idea absurda?... ¿Todavía cree usted pertenecer á la casa de Aransís?

— ¿Acaso me han probado lo contrario?

— ¡Probado!... ¡Si está más claro que la luz del medio día! No se trata ya del pleito de filiación, ni ese es el camino. Eso es cosa juzgada. Empéñese usted en seguirlo adelante, y consumirá su vida, su dinero y su salud inútilmente.»

Isidora sudaba.

«¿De modo — dijo esforzándose en vencer su abatimiento y espolear sus ánimos decaídos —, de modo que usted cree en esa gran paparrucha de la falsificación?

— ¿Conque paparrucha?... ¡Ay, niña, niña, usted no sabe lo que se dice! La falsificación es tan clara, tan evidente como la luz de medio día. El Tribunal lo ha declarado categóricamente. El pleito de filiación carece de base y se cae, como un castillo de naipes.»

Isidora sintió que se mareaba, que se le iba la vista, que el cuarto daba vueltas, que Muñoz y Nones se reproducía en infinitas imágenes ó copias del mismo Muñoz y Nones.

«Explíqueme usted... — balbució con voz dolorida, cerrando los ojos —. No puedo entender...»

— Pues muy sencillo... ¿Pero se pone usted mala? Un vasito de agua...

— No es nada. Usted qué entiende de estas cosas...

— Mucho, mucho. La falsificación existe. Que usted no es autora de ella, no tiene duda, pues se perpetró ese delito, según todas las apariencias, cuando usted tenía tres años.

— Entonces...

— Su padre de usted, Tomás Rufete, era un hombre ligero, de costumbres desordenadas. Le conocí, le tuve de escribiente. Muchas veces le

presté dinero que no me devolvió; pero esto no hace al caso ni ese es el camino...

— ¡Mi padre!... ¿Usted está seguro de que era mi padre? — exclamó Isidora sacando fuerzas no se sabe de dónde —. Estas cosas no se pueden apreciar así, señor mío.

— ¿Pues no se han de poder apreciar, señora mía? Yo me contento con decir que la casa de Aransis no ha tenido parte mínima en echarla á usted al mundo. Dos chicos nacieron de una señorita desgraciada...

— ¿Usted la conoció? — dijo Isidora con energía apelando á un recurso de gran efecto.

— Sí.

— ¿Me ha mirado usted bien?»

Muñoz y Nones, que ya la había mirado bien, consecuente con la dulce afición declarada por Miquis, la volvió á mirar.

«En efecto — dijo sonriendo —, es usted muy guapa.

— ¿Y no halla usted semejanza...?

— En la naturaleza — replicó Muñoz muy serio — se observan fenómenos de semejanza... Sin embargo, usted y Virginia sólo se parecen como dos mujeres hermosas. El cabello..., efectivamente. En los ojos hay algo..., pero no, no es tal la semejanza que pueda inducir á suponer parentesco.»

Isidora no pudo contener su dolor. Se echó á llorar.

«Aunque se aflija, para mí la verdad es lo primero. No hay semejanza ni ese es el camino.

— ¡Oh! Señor Muñoz — dijo ella con extraordinario énfasis —; si usted en esto que me dice, en esto que hace, no procede de buena fe, decla-

ro que es usted el hombre más malo, el mayor monstruo...

— Crea usted lo que quiera. ¿Tengo yo fama de monstruo?

— No, no. Diré á usted...»

Impaciente, inquieta en su asiento, como si por todas partes estuviese rodeada de púas, movía los brazos queriendo expresar con ellos una convicción más enérgica que la que expresaban los labios.

«De modo que según usted, según usted, señor Nones, yo soy, yo soy... una cualquiera.

— Según lo que usted entienda por *una cualquiera*. Lo que yo afirmo es que al declararse usted sucesora de la casa de Aransis, ha sido víctima de un gran engaño. Las indagaciones que hemos hecho nos han llevado á averiguar que el autor de esa execrable comedia fué Tomás Rufete, logrando engañar primero á D. Santiago Quijano y después á su hija...

— ¿Conoció usted á mi tío el Canónigo?

— Mucho, mucho, y tengo que decir á usted que era uno de los hombres más sencillos, hablémos claramente, más tontos que han comido pan en el mundo. Le traté mucho. ¡Qué hombre, Santo Dios! Una vez le hicimos creer que con miga de pan se quitaban las canas, y andaba con la cabeza hecha una panadería. También le hicimos creer que la baba del conejo era venenosa, y consultó cuatro médicos y se cauterizó un brazo. Se le daban las bromas más extraordinarias que usted puede figurarse. Era poco valiente, como usted sabe, pero pundonoroso. Armábamos una camorra por cualquier tontería. Uno de nosotros se fingía agraviado. Los demás acalorábamos la disputa. No había más remedio

que batirse. Quijano hacía de tripas corazón. Le llevábamos al campo del honor, donde con mucho miedo, pero con tesón muy grande, apuntaba al pecho de su contrario; mas como las pistolas estaban cargadas con sal, no pasaba nada... Lo extraño es que siendo medianamente instruído, creyese en influencias de las estrellas, en barruntos y aun en maleficios. Escribía clásicamente, leía novelas, era muy apasionado de las cosas aristocráticas, se sabía de memoria el *Becerro*, y tenía en la punta de la uña todos los linajes de España. Juzgue usted si este santo varón era que ni pintado para sostener un bro-mazo que Tomás Rufete quiso dar á sus hijos.

— Esas historias, señor Nones — dijo Isidora aparentando una firmeza que no tenía —, nada me prueban.

— Mucho, mucho. Pero son datos preciosos. Vamos á otra cosa. Un coronel de Artillería, cuyo nombre debe usted saber, se presentó en el despacho de Andréu, primo y compañero mío, hace quince años, y le habló de un asunto penoso y delicado. Al día siguiente Andréu había extendido un documento que llamamos *acta de reconocimiento*. En él reconocía como hijos suyos á una niña... (paciencia..., déjeme usted concluir), á una niña y un niño, nacidos de quien usted sabe, de aquella desventurada joven que, digámoslo otra vez, no tiene con usted semejanza de fisonomía, ni ese es el camino. Adelante. En el mismo documento hacía constar que confiaba ambos mocosos al cuidado de un antiguo criado y deudo suyo, retirado de la Guardia civil, el cual vivía... ¿sabe usted dónde?

— ¿Yo qué he de saber? — replicó Isidora con desvío y detestable humor.

Muñoz y Nones se levantó. Dirigiéndose á la reja, y mirando hacia la calle, señaló una casa de la acera de enfrente hacia la plazuela de las Comendadoras.

«¿Quién vivía en aquella casa?»

— Yo.

— Tomás Rufete tenía por vecino en el piso tercero á un licenciado de la Guardia civil. ¿Se acuerda usted?

— Yo no.

— ¿Tampoco recuerda usted cuando se quemó esa casa?

— De eso tengo una idea; era yo muy niña. Mi hermanito empezaba á andar entonces.

— Mucho, mucho. Cuando se quemó la casa, Nicolás Font...

— ¿El guardia civil?

— Estaba enfermo de gravedad. Lo que pasó aquel día no lo sé. Font muere más tarde; la niña también; la viuda se va á vivir á Getafe; el niño es recogido más adelante por la marquesa de Aransis. Pasa el tiempo y se presenta usted con sus pretensiones apoyadas en el testimonio de su padre difunto, en una tradición de familia y en varios documentos. Las partidas de bautismo de los dos hijos del coronel nada prueban. Debieron ser substraídas de casa de Font el día del incendio. Pero hay otro documento: el acta hecha por Andréu. En ella aparece una novedad y es que el nombre de Nicolás Font aparece substituído por el de Tomás Rufete. La falsificación está hecha con suma habilidad, y las circunstancias le favorecen. Ha fallecido en Filipinas el coronel á quien usted tiene por su papá, y que es tan papá de usted como mío; han muerto la mujer de Font y los tres testigos;

pero por fortuna vive Andréu. Se busca en el protocolo la matriz, y se encuentra la misma substitución ó enmienda. Tomás Rufete vivió en gran intimidación con un escribiente de mi compañero... ¿Va usted atando cabos?...

— Yo no ato ningún cabo, ni ese es el camino, Sr. Nones — dijo Isidora, dándose, en su despecho, el gusto de remedar un poco el estilo del notario.

— Ahora lo veremos. Se busca al cómplice de Tomás Rufete, á quien Andréu despidió hace años por infiel. Es medio químico y muy hábil; pero su principal habilidad está en huir de la justicia. Se entrega el documento original á los peritos calígrafos y químicos, y al instante la falsedad salta á la vista. Hecha con precipitación, es mucho más grosera que la de la copia. El Tribunal ve claro, y como usted en el pleito de filiación ha presentado testimonios tan débiles; como la prueba ha sido flojísima; como ninguno de los recuerdos de su infancia favorece á usted, es casi seguro que irá á presidio por delito de usurpación de estado civil.

— Yo no soy falsificadora — afirmó Isidora quedándose como una muerta...

— ¡Qué gracia! No es usted falsificadora de un papel; pero lo es de un derecho, y con testimonios débiles y documentos apócrifos trata de usurpar un puesto que no le corresponde.»

La de Rufete estaba humillada y abatida. Difícilmente entraba en su cabeza la idea de no ser quien pensaba, y de la lucha que con sus dudas sostenía, resultaba un decaimiento parecido á la agonía del morir. Nones la miraba en silencio, esperando una palabra.

«Dígame usted — murmuró ella al fin con

temor —, ¿qué tengo que hacer para evitar... eso de ir á presidio?

— Declarar que ha sido engañada; descargar su responsabilidad sobre su señor papaito, reconocer que no tiene derecho alguno...

— ¿Y quién me asegura que no lo tengo?... — volvió á decir, reaccionándose.

El instinto de conservación de su error era tan grande, que éste necesitaba muchos y muy fuertes golpes para someterse. Muñoz y Nones tomó su sombrero.

«No se vaya usted, no — dijo ella, temiendo quedarse sola con sus fieras dudas —. Hábleme algo más. No estoy convencida, pero dudo. ¡Oh! Si me muriese hoy mismo, si me muriese antes de que empezara á destruirse esta fe, ¡qué dicha sería! Señor Nones, usted es un hombre honrado. Augusto lo ha dicho. Usted no es capaz de fingir, ni de mentir, ni de engañar. Júreme usted por Dios, por su madre, por sus hijos, que no cree en mi derecho; júreme usted que lo que dice es verdad, y entonces quizás pueda yo empezar á acostumbrarme á esta idea...

— ¡Jurar! Eso es anticuado. Basta la palabra de un hombre de bien... No hay motivo para tanta aflicción ni ese es el camino. Una existencia humilde y sin los desasosiegos de la ambición, puede hacerla á usted dichosa. La señora marquesa me ha autorizado para ofrecer á usted un auxilio siempre que se preste á dar á esta enojosa cuestión un corte rápido y decisivo. La señora está disgustadísima; aborrece el escándalo, y llora mucho al ver que el nombre de su pobre hija es traído y llevado por las lenguas que gozan en resucitar deshonras pasadas. La señora no duda, ni puede dudar del resultado del pleito.

Si usted espera aún, consulte á todos los abogados de Madrid, y como haya uno que aliente sus esperanzas, me dejo cortar la cabeza. Pero nuestras leyes favorecen á los pleiteantes tercios, y usted, empeñándose en seguir adelante, puede prolongar el litigio sin ningún fruto para usted y con cien probabilidades contra ninguna de ser condenada á presidio... Me retiro y le doy á usted unos días de término para que lo piense bien. Mi yerno me ha dicho que tiene usted buen fondo y clara inteligencia, aunque ofuscada por desvaríos y falsas apreciaciones de la vida. Si usted lograra ver cada cosa como es realmente, estábamos de la otra parte. Conque... ánimo. Y para concluir: sé que tiene usted un hermanito que es una alhaja. Yo le prometo á usted darle la primera plaza cuando inauguraremos la *Penitenciaría para jóvenes delincuentes*. Le reformaremos, y usted... trate de reformarse.»

## II

¿Soy ó no soy? Esta pregunta fué para Isidora, desde aquella entrevista, el eje de todos sus pensamientos, de todo el sentir y obrar de su vida. Olvidada de molestias y humillaciones de la cárcel, no tenía seso ni corazón más que para raciocinar sobre aquel problema y dolerse de él; porque sí, era un problema semejante á una llaga, un problema que la enloquecía como un logogrifo indescifrable, y la lastimaba como una úlcera abierta en lo más delicado y profundo de sus entrañas. La pavorosa duda tenía alternativas y lances de batalla. Ya vencía la convicción, y echaba bravatas de pueril orgullo; ya, por el

contrario, triunfaba la sospecha, proclamando con gemidos de amargura la derrota de las vanas grandezas. Con ser tan abultados los autos, no contenían tantas ideas, tantas fórmulas de investigación, tantos ni tan variados argumentos como los que ella febrilmente acumulaba en su cerebro aquella tarde, aquella noche, y en las horas claras y oscuras de tres días sucesivos. Porque diabólica era ciertamente la claridad é insistencia con que surgían en su mente todos los argumentos negativos de su derecho. Ella quería rechazarlos, y ellos crecían fortaleciéndose, vestidos con la immaculada vestidura de lo evidente. Sí, su tío el Canónigo era tonto. ¿No podía dar ella mil testimonios de sus necias credulidades? Ella misma le había imbuído algunas veces ideas sumamente extrañas.

Como D. José, su tío el Canónigo daba calor en su entendimiento á las ideas más absurdas, las fomentaba y se engreía con ellas. Su tío, engañado por Rufete, había representado con ella la comedia funesta que tan desgraciada la había hecho. ¡Cuántas veces en las noches del invierno él la embelesaba diciéndole que sería marquesa, que tendría palacio, coches, lacayos, lujo sin fin, y riquezas semejantes á las de las *Mil y una noches!* El la había enseñado á no trabajar, á esperar todo de una herencia, á soñar con grandezas locas, á enamorarse de fantasmagorías. Habíale llenado la cabeza de frivolidades, habíale educado en la contemplación mental de un orden de vida muy superior á su verdadero estado. Él, cuando ella se cansaba, le decía: «Tendrás coche.» Cuando ella trataba de arreglarse un vestidillo, le decía: «Tendrás veinte modistas á tus órdenes.» Decíale: «¡Qué palacio el tuyo!»

y otras expresiones que encendían más y más en ella el volcán de ambición que ardía en su pecho... Sí, su tío era tonto, tonto rematado, un hombre calamitoso, en su buena fe, un hombre sin seso, un maestro contra la realidad, el apóstol de todo lo extravagante, ficticio y convencional que engendra en su estado morboso el pensamiento humano.

Luego pensaba en su padre. Sí, sí, Tomás Rufete era un hombre desordenado, un hombre de insaciables apetitos y devorado por la envidia. Bien podía ser verdad lo que Nones decía, y Tomás autor de aquel dramático sainete, por satisfacer su codicia, ó simplemente por obtener de la marquesa, mediante un pleito enojoso, cualquier suma, en calidad de transacción. Esto era razonable. ¿Qué demonio de lógica se escondía dentro de estas ideas, dándoles cuerpo y vida?... También pensaba en su madre. ¿Por qué siempre que Tomás Rufete hablaba de la marquesa, de los niños de la marquesa y de la indudable herencia y estado de estos niños, Francisca Guillén bajaba la cabeza, se ponía de mal humor y no añadía palabra alguna á las expresiones de su marido? Su madre, pues indudablemente debía darle ya este nombre, era una mujer honrada. Rufete la atormentaba y la dominaba. El le había impuesto su infame comedia, y ella, por miedo y quizás por la ilusión de que sus hijos fueran marqueses, aunque usurpadores, callaba. ¿Por qué su tía (pues ya no había duda de que era su tía) se burlaba siempre del marquesado y de las ideas ambiciosas de Rufete? Y D. José, que en la declaración de la prueba había dado por amor de ella testimonio favorable, también dudaba, sí, ó tal vez estaba se-

guro de la farsa. Bien se le conocía al tenedor de libros que no tenía fe en lo de Aransis, porque hablaba poco de esto y siempre en términos indecisos.

Al tercer día de andar en brega con estas dudas y sospechas, tomando muy poco alimento, sin dormir, llena de fiebre y medio trastornada, Isidora llegó al colmo de la crisis. Una noche, hallándose sola, corrió furiosa á la reja, se agarró á ella, deseosa de hacerla pedazos, y á gritos, que alborotaron la calle, decía:

«Y si embargo, soy noble. ¡Jueces, notarios, abuela, gente toda que me tenéis aquí, yo soy noble!»

Luego recorría de un ángulo á otro el cuarto, con las manos en la cabeza, gritando:

«Soy noble, soy noble. No me quitaréis mi nobleza, porque es mi esencia, y yo no puedo ser sin ella, ni ese es el camino, ni ése es el camino.»

Entraron la celadora y dos amigas, y quisieron calmarla. Trajéronle algo de comer para combatir el desvarío combatiendo la debilidad; pero ella tiró los platos y despidió á las mujeres.

«A mí no se me presenta ese bodrio. Eso no es para mí —exclamaba—. Que me traigan mi baño. ¡Yo no puedo vivir sin baño! Que me saquen de esta pocilga; que me traigan mis vestidos, mi coche; que venga Joaquín...»

Todo fué inútil para calmarla; pero al fin el exceso de la irritación trajo á la mañana siguiente el agotamiento y con él la remisión de un mal tan penoso. No obstante, era de todo punto imposible hacerla tomar alimento. Se quitó el vestido diciendo que no podía tener en-

cima tales harapos, y pidió una y otra vez su baño, su querido baño. Por último, le trajeron á *Riquín*, y viéndole y acariciándole, descendió lentamente, en alas del cariño materno, de las borrascosas alturas en que su razón estaba tan nublada.

## CAPÍTULO XVI

Las ideas de Mariano. — La síntesis.

*La Sanguijuelera* acompañó á su sobrina á la siguiente mañana, obsequiándola con una retahila de preciosos consejos, que debieran reunirse y archivarse como uno de los mejores ejemplos de la sabiduría humana.

«Lo de tu herencia es ya sal y agua. Después de tantos mareos y bascas, has vomitado al fin la gran pandorga. Si quieres ser honrada te llevo á vivir conmigo, te cedo la tienda, y no te pongo más obligación que mantenerme y cuidarme los huesos hasta que venga por ellos la muerte. Cuando te vi en malos andares, te negué un ochavo y te saqué lo que pude; si ahora te enderezas, cuanto tengo es para tu rica persona y para este sol cabezudo del mundo... ¿Vas á ser honrada, sí ó no? Mira, tienes varios caminos: ó te casas con el estampador de la calle de Juanelo, ó te vas en busca de aquel Sr. Botín de otros tiempos y le pides el estanco que te prometió. Pondremos estanco y cacharrería en dos tiendas juntas de una buena calle, y no habrá quien nos tosa... Pero en mi casa no entran pantalones; ¿te conviene? Otra cosa te propongo. ¿Quieres ser ama de cura? Yo conozco un capellán de monjas, ancianito, buen cristiano, y que convierte gente mala, porque tiene un pico de oro, un gancho del Cielo que es un primor; el cual curita me está diciendo siempre que le busque un ama de fundamento... Decídetes; ¿estamparía, estanco ó religión con llaves?»

Isidora no contestó nada, porque ni siquiera oía lo que Encarnación hablaba. Después nombraron á Mariano.

«Es cosa perdida. Hagamos cuenta de que se lo han llevado los demonios. Está viviendo con Modesto y Angustias en un cuarto de la calle de Ministriles que más parece ochavo que cuarto. Modesto sirve en un almacén de vinos y *Palocconojos* va al río. Vivirían si él no bebiera tanto. Es un pellejo con pies y manos. Lo bueno es que ya no le pega á la mujer, porque en cuanto levanta la mano pierde pie y se cae al suelo.»

Isidora se echó á reír. En el mismo instante, *Riquín* le daba bofetadas.

«No se pega, no se pega.

—Anda, cáscale duro... Déjale que pegue. Éste va á tener más talento... Le criaremos para cura de escopeta y perro. Verás qué sermones salen de esa cabezota. ¿Verdad, hijo? Le has de ver obispo y puede que Papa... ¡Leña á los herejes y protestantes; duro, firme!»

Acto seguido, Encarnación cogió al niño por un brazo y se dispuso á salir.

«¿Adónde va usted?»

— A ver la corte, que va hoy á Atocha de toda gala. Me pirro por ver la gala de la corte de España, que es la primera del orbe mundo. Pero ahora, hijita, todo es miseria. Yo me acuerdo de los tiempos de la Reina, de aquellos tiempos, hija, en que el pan estaba á doce cuartos las dos libras y en que había más religión, más aquel, más principios, en que los grandes eran grandes y los chicos chicos, y había más respeto á todo. Yo me acuerdo de aquel tiempo y me dan ganas de llorar. Aquello era ser Majestad, aquello era señorío y grandeza. Entonces se daban vivas á

la Reina, y le gustaba á uno verla tan frescota, tan señora, con aquel aire... ¡Y con qué cariño miraba ella al pueblo! Parecía que iba diciendo: «Aquí tenéis á vuestra madre...» ¡Pero ahora...! Pasa la corte, y todo el mundo *mutis*. Dicen que libertad... Miseria, hija. Los pobres están más pobres, y la *Minificencia* no puede recoger á tantos. ¡La libertad!... Pillería, chica, pillería. Entonces había más señorío, créelo, y donde hay señorío corre el dinero y vive el pobre. Conque abur, abur.»

Encarnación salió con *Riquín*, encaminándose hacia el centro de Madrid. Era día de gran solemnidad cortesana por motivos que no es necesario precisar. Las calles del centro estaban animadísimas. La gente circulaba alegre, bullíciosa, con frivolidad y alegría propiamente madrileñas, arremolinándose en algunos parajes para dar paso á los regimientos que llegaban á cubrir la carrera. Los balcones, con abigarradas colgaduras, mostraban damas hermosas. El mujerío, la militar música y el cielo de Madrid, que es un cielo de encargo para festejos populares, concurrían á dar á la solemnidad su expresión característica.

*La Sanguijuelera*, que había visto y gozado un número infinito de funciones de tal especie desde la entrada de María Cristina hasta la de D. Juan Prim, desde ésta hasta las festividades del actual reinado, hallaba en aquel espectáculo desinteresados placeres. Encarnaba en sí la novelería, la bullanga y el entusiasmo monárquico del antiguo pueblo de Madrid. Ella conocía, como se conocen los muebles de la casa, todos los coches de Palacio, el de carey, el de nácar, el de los globos, y hasta de los paramen-

tos y arneses podía dar circunstanciada noticia. Conocía también, como los dedos de su propia mano, el ceremonial y el orden de los coches, el puesto de los distintos grupos de la servidumbre, y otras particularidades que interesaban más á la gente antigua que á la moderna. En cuanto á elegir los sitios más propios y cómodos para verlo todo, nadie la igualaba.

En la calle Mayor encontró á su antigua vecina *Palo-con-ojos*. Esta y Encarnación, que alzó en sus brazos á *Riquín*, se colocaron en la embocadura del callejón de San Ginés, lugar donde no era grande la aglomeración de gente, con la ventaja de una retirada segura en caso de corrida ó apretujones.

«Todavía es temprano. Tenemos para un rato — dijo Angustias desatándose y liándose el pañuelo bajo la barba, con ese movimiento maquinal que en la gente chulesca hace las veces del movimiento de abanico.

— ¿Y mi bergante?

— Esta mañana salió muy temprano. Desde ayer me ha estado mareando porque le tuviera hoy camisa limpia; ha salido hecho un brazo de mar, con la corbata negra y amarilla que se compró la semana pasada.

— Anda, anda.

— Hoy estrena zapatos y calzones. Yo no sé de dónde ha sacado los cuartos. Yo le dije, digo: «¿Has descargado la borrica?»; y él me dijo, dice: «Váyase usted al acá y al allá.» Pues por ahí te pudras. Está..., vamos, si usted le ve, no le conoce. Le ha dado el accidente cinco veces, y parece un pergamino mojado. Los ojos se le saltan del casco, las manos le tiemblan y la lengua es un estropajo. A veces se pone á dar vueltas,

y marea, hija, marea. En fin, yo no sé qué va á ser de él. No trabaja, no sirve para nada. Modesto le da consejos; calcule usted... ¡Modesto consejos! Él, que es ya un puro aguardiente desde la cabeza á los pies...

— Todo sea por Dios — dijo Encarnación, y más iba á decir; pero en aquel momento oyéronse cornetas y clarines, luego la Marcha Real y el murmullo expectante unido á las frases sueltas «Ya vienen, ya vienen». Gran estupefacción de *Riquín*, que nunca había visto cosa más bonita; éxtasis de *la Sanguijuelera*, que no cerraba el pico un momento al paso de la comitiva ó procesión real, poniendo un comentario á cada parte de ella.

«¡Qué viejecitos están ya los reyes de armas!... ¿Ve usted?. Ahora vienen los caballos de silla... Sigue el coche amarillo..., penachos morados... Ahora vienen el mayordomo y el intendente..., penachos azules y blancos. Mire usted qué guapos chicos... Ahora viene el coche de nácar..., penachos verdes. ¿Quién será este señor con tanto morrión y tanta cruz? Debe de ser de extranjis... Coche de concha..., penachos blancos... Ahora viene lo bueno... ¡Qué preciosas van!..., penachos rojos.»

Y así continuó, despachándose á su gusto con progresivo entusiasmo, hasta el paso de la escolta, cola y remate de la procesión.

«¿Nos quedamos para verlo otra vez á la vuelta?» — dijo luego, no saciada aún del goce de aquel variado y teatral espectáculo.

Arremolinóse la gente; la tropa maniobró, y entre la revuelta muchedumbre, *Palo-con-ojos* distinguió á un individuo que iba en dirección á la Plaza Mayor.

«Allá va, allá va! — gritó señalando.

— ¿Quién?

— El bergante.

— Sí, él es... Mariano, *Pecado...*!»

Pero Mariano que las vió y oyó los gritos de su tía, se hizo el tonto y apretó el paso como quien desea evitar un importuno encuentro. Poco después estaba sentado en un banco de la Plaza Mayor, junto á una de aquellas graciosas fuentes, en las cuales el agua, saliendo de una fingida roca, forma un globo elástico, cuyas paredes se ahuecan y se deprimen según las bate más ó menos el aire. En la movible costra líquida hace el sol caprichosos iris y se retratan convexas imágenes del jardín y de los transeuntes. Completaba la fascinación del globito de agua un bullicio juguetón, en el cual cualquier poeta habría podido oír, con buena voluntad, las risotadas de los niños de las náyades. Mariano puso los codos en las rodillas, las quijadas en las palmas de las manos, y estuvo mirando el extraño surtidor... Dios sabe cuánto tiempo.

Así como su hermana, invadiendo con atrevido vuelo las esferas de lo futuro, se representaba siempre las cosas probables y no acontecidas aún, *Pecado*, cuando se sentía dispuesto á la meditación, resucitaba lo próximamente pasado, y se recreaba con un dejo de las impresiones ya recibidas. Era un trabajo de rumiante y un placer de perezoso. Vió, pues, todo lo que había hecho aquel día, casi tan á lo vivo como si aun estuviera pasando. Se había levantado muy temprano después de una noche de desvelos y tortura; habíase puesto su camisa limpia y las demás prendas que estrenaba, mostrando un empeño particular en aparecer con la facha más

decente que le fuera posible; había salido y tomado café en un puesto de la calle del Ave María, y después se fué á vagar por las calles. A eso de las diez almorzó en una taberna jamón con tomate, que estaba muy rico, y después había comprado un periódico y leído la mitad de él, indignándose con todas las picardías que denunciaba, y participando de la noble ira de sus redactores contra el Gobierno.

Más tarde paseó por la Carrera para ver la gente y la tropa que de los cuarteles venía. Bonito estaba todo; pero él lo miraba con desdén, y sobre la impresión recibida, ponía un pensamiento de melancólica burla y sarcasmo. En un balcón había visto á Melchor de Relimpio, muy enfatuado, junto á unas damas que le parecieron las de Pez. No lejos de allí, uno de los Peces (él no los conocía bien, pero debía de ser Luis Pez) acompañaba en otro balcón á la familia del duque de Tal. Siguió adelante, y á la vuelta de una esquina encaró con el nunca bien ponderado *Gaitica*, que venía á caballo, hecho un potentado, un sátrapa. La extraviada imaginación de Mariano veía á este personaje cual si fuese un resumen de todas las altas categorías y la cifra del encumbramiento personal. «¡Cuánta pille-ría!», exclamó para sí.

Todos triunfaban y vivían regaladamente escalando cada día un lugar más elevado, mientras él, el pobre y desvalido *Pecado*, permene- cía siempre en su nivel de miseria insignificante, sin que nadie le hiciera caso ni fuese por nadie distinguida su persona en el inmenso mar de la muchedumbre. ¿Por qué era esto, cuando él valía más que toda aquella granjería de levita? Él, según las creencias firmes de su hermana, había

nacido de sangre noble. Le habían substraído lo suyo, le habían despojado de todo, arrojándole desnudo y miserable al seno del populacho, como se arroja el basurero un despojo inútil. ¿Quién sabía si muchas de aquellas casas, engalanadas con colgaduras de varios colores, eran suyas? ¿Quién sabía si el dinero de que debían tener llenos los bolsillos todos aquellos caballeros y damas procedía de riquezas que en rigor de la ley le pertenecían á él? ¿Y á quién se dirigiría para reclamar lo suyo? A nadie, porque desde el primero al último todos eran grandísimos pícaros.

La nación en masa, ¿qué nación?, la sociedad entera estaba confabulada contra él. ¿Qué tenía que hacer, pues? Crecerse, crecerse hasta llegar á ser por la fuerza sola de su voluntad tan considerable que pudiera él solo castigar á la sociedad, ó al menos vengarse de ella. ¿Cómo? Por su mente rondaba tiempo hacía una idea que resolvía la cuestión. La idea y el propósito de ejecutarla se habían apoderado de él juntamente, dominándole y llenándole por entero. Idea y propósito eran como una llaga estimulante en el cerebro, la cual le dolía y le comunicaba un vigor extraño. Repetidas veces había puesto en ejecución su pensamiento, ¿pero cómo?, en sueños y también alguna vez despierto, cediendo como á una fuerza automática y fatal que no era su propia fuerza. En estos casos de repetición ó ensayo mental del hecho, se quedaba fatigado y orgulloso, cual si lo hubiera ejecutado realmente. Sondeándose para ver cuándo había aparecido en él aquella idea y aquel propósito, calculaba que los tenía desde antes de nacer ¡Tan viejos, tenaces y arraigados le parecían!

Mirando siempre al globo de agua, pensaba que si no fuera por el firme tesón que en aquel momento tenía, su miedo sería grande. Estaba viendo el terror escondido debajo del orgullo y asomando la cabeza; pero el orgullo, ó mejor, la terquedad, no le dejaba salir. No sentía miedo, sino dolor, un dolor inexplicable en el pensamiento, una sensación rara de no dormir nunca, de no reposar jamás, de un alerta eterno. Detrás del punto negro que tenía delante y que ya estaba cerca, veía seguro y claro un triunfo resonante. Principalmente la idea de que todo el mundo se ocuparía de él dentro de poco le embriagaba, le hacía sonreír con cierto modo diabólico y jactancioso. La aberración de su pensamiento le llevaba á las generalizaciones, como en otros muchos casos en que la demencia parece tener por pariente al talento. El mismo criminal instinto le ayudaba á personalizar, y en efecto, siendo tan grande y múltiple el enemigo, ¿cómo aspirar á castigarle, sin hacer previamente de él una sola persona?

Rumor de voces, cornetas y músicas anunciaban que el gran cortejo volvía de Atocha. Levantóse Mariano, y por la calle de Ciudad-Rodrigo ganó la calle Mayor y la plaza de la Villa. Multitud, tropa, caballos, uniformes, penachos, colores, oropeles y bullicio le mareaban de tal modo, que no veía más que una masa movible y desvaída, semejante á los cambiantes y contorsiones del globo de agua que había estado mirando momentos antes. Se le nublaron los ojos, y apoyándose en un farol, dijo para sí: «Que me da, que me da.» Era el ataque epiléptico que se anunciaba; pero tanto pudo su excitación, que lo echó fuera, irguió la cabeza, se sostuvo firme...

Pasó un momento. Nunca había sentido más energía, más resolución, más bríos. El ruido de las músicas le embriagaba. Vió pasar uno y otro coche. Cuando llegó el que esperaba, Mariano era todo ojos. Miró bien... En el acto sacó de debajo de la blusa una pistola vieja, y apuntando con mano no muy firme, salió el tiro con fugaz estruendo... Movimiento y estupor en la muchedumbre, gritos, pánico, sacudidas. La bala se estrelló en la pared de enfrente sin hacer daño á nadie, y el autor del infame atentado cayó en una trampa, la indignación pública, cuyo engranaje de brazos y manos le oprimía, como si quisiera pulverizarle.